

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 30 de marzo de 1875.

Núm.º 6.

DISCURSO

pronunciado por el señor

DON BENITO VICETTO,

EN EL ATENEO DE LA CORUÑA.

«SEÑORES:—Me levanto á hablar con mucha turbacion. No lo extrañeis: es la primera vez en mi vida que hablo en público, y que hablo en público ante una sociedad tan respetable.

No esperéis, pues, hallar en las palabras que voy á tener el honor de dirigiros, un discurso de brillantes formas, una peroracion elocuentísima y conmovedora. Para tanto, tambien es verdad que seria preciso un talento más superior que el que me dió el cielo: para tanto, tambien es verdad que seria preciso que mi voz, áspera y antipática, se docilitára más á las gradaciones del sentimiento.

He explicado ligeramente la causa de esta turbacion que me domina, de esta especie de niebla que oscurece por el momento mis facultades intelectuales, de estos estremecimientos que conmueven mi organismo á la manera del vértigo; y al par que siento esa perturbacion, tambien siento aquí, en el alma, un dolor intenso, hijo del convencimiento que tengo de que la proposicion que he sometido á vuestro elevado criterio, va á tener un mantenedor tan mísero, un paladin tan desgraciado.

Pudiera ahorrarme este dolor; pero, señores, es tan profundo, tan condicional, tan orgánico en mi el amor á Galicia, que entre el ridículo por que tal vez esté pasando á vuestros ojos y mi conciencia que me impele á levantar aqui la voz, significando la necesidad de controvertir sus intereses materiales y morales, no he vacilado un solo instante.

En este momento, pues, no soy Benito Vicetto que viene aqui á defender una cuestion personal, que viene aqui á ser el abogado de si mismo. Benito Vicetto con su orgullo literario, con sus vanidades, con sus flaquezas, ha quedado en el dintel de esa puerta. Al penetrar en este recinto augusto me he despojado de mi personalidad, y

T. II.

he hecho abstraccion de mi mismo, para no ser más que la voz de Galicia oscurecida; de Galicia amortizada, moralmente hablando; de Galicia no conocida aún de sus propios hijos. para cuanto más ser conocida de extraños; de Galicia que tiende su manto de matrona á vuestros ojos, con sus harapos y sus girones.

Señores, en medio de la civilizacion que hemos alcanzado, los pueblos no reconocen más que dos fórmulas para la manifestacion de sus necesidades y de sus aspiraciones hácia todas las mejoras útiles y positivas; la palabra escrita y la palabra hablada; la prensa y los parlamentos. Como la prensa nace en Galicia escarnecida, ó cuando ménos mirada con el mayor desprecio por lo que se llama público ilustrado, no se ocultará á vuestra superioridad intelectual. Su historia, seria lastimaros; porque es verdaderamente doloroso que algunas personas, que por su posicion social y por su ilustracion reconocida, debieran protegerla más y más, parece que se gozan en desprestigiarla, en hollarla, en crearle una atmósfera de ridículo. La misericordia divina les perdone ese alarde de talento que sofoca las flores del pensamiento, y aleja á nuestra juventud de esos palenques de la iniciacion y de la sabiduría.

Ahora bien; si la prensa galaica no puede crear público; si en la prensa galaica no podemos iniciar, dilucidar y terminar con afirmaciones luminosas las altas cuestiones que afectan directamente á la organizacion social del país, ¿por qué no las hemos de traer á los Ateneos, antesalas de los parlamentos, con preferencia á otras controversias de una vaguedad infinita, cuya afinidad con la politica palpitante pudiera sernos muy funesta?

Sujetemos, pues, á exámen los intereses morales y materiales de Galicia; rectifiquemos nuestros errores, fijemos nuestras creencias y nuestras convicciones; y fijelas con nosotros el que nos escuche.

Veámos si es ó no conveniente para el país la institucion de los foros: la intituicion de los foros, señores, que por algunos se considera perjudicial, tanto para el señor del dominio directo como para el dueño

del dominio útil, y por otros se considera ventajosisima, altamente ventajosisima, para entrambos dominios, y por consiguiente para el bienestar de Galicia.

Traigamos tambien al debate otra cuestion, señores; veamos porque el pais con sus innumerables praderas y sus mil y mil saltos de agua, no es el gran almacén de ganados de la nacion: veamos porque esta industria no se ha elevado al grado de riqueza á que la destinó el Altísimo. Sujeitando á examen esta cuestion, veamos si la decadencia de la ganadería depende de la extincion paulatina de los aforamientos, como yo creo, puesto que el colono rural no trata de fomentar bien lo que puede arrebatarle de las manos un soplo caprichoso del propietario.

Iniciémos y discutamos tambien la cuestion del pauperismo, que presentimos venir hácia nosotros con la pompa asoladora con que nuestros abuelos verian llegar las irrupciones del hérulo, del árabe y del normando: veamos si esa mendicidad agrícola que se experimenta de cuando en cuando, reconoce tambien por causa la indolencia de los grandes propietarios en no dar á labrar sus tierras en aforamiento; hollando de este modo una costumbre tan natural como sabia de las épocas primitivas; costumbre que los romanos elevaron á ley por sus ventajas condicionales para el desarrollo de la riqueza territorial de nuestras cuatro provincias.

Iniciémos y dilucidemos tambien la cuestion de la instruccion primaria en la Galicia rural, deduciendo conclusiones tangibles del debate: veamos porque no corresponde á nuestras esperanzas; si por desatencion de la administracion provincial ó por desatencion de la administracion municipal; si por el abandono de los padres de familia ó porque el profesorado rural necesita de otra division local, más ajustada á la estructura topográfica del pais que á la conveniencia de los respectivos ayuntamientos.

Traigamos tambien al Ateneo la cuestion relativa á la importancia de los asilos de mendicidad, en un pais en que el maribero pasa la vida luchando desesperadamente en las rompientes de dos océanos, por surtir nuestras mesas de exquisitos peces, y al que á su ancianidad no le espera otra cosa que la más horrible miseria; en un pais, señores, en que el la-

brador pasa la vida trabajando una tierra peñascosa, alimentándose de un pan de maiz que los de otros paises ni aún considerarian bueno para sus perros, y al que á su vejez no le espera sinó la miseria horrible que le espera al maribero... Cuestionemos ano y otro dia el modo de arbitrar para asegurar la vejez de nuestros laboriosos hermanos, en asilos humanitarios. Mañana podeis ser diputados en el parlamento, ó podeis ser gobierno provincial ó nacional, señores, y ventilando aqui estas cuestiones, seriais doblemente fuertes, fuertes por vuestro talento y fuertes por la preparacion. ¿No discutiais el otro dia sobre el modo de sostener las dignidades hereditarias, dignidades que rechaza la moderna filosofia? pues ¿qué dignidad más acreedora á la consideracion de los pueblos que la dignidad del trabajo, altamente gráfica, altamente expresiva en la ancianidad harapienta de nuestros mariberos y de nuestros labradores?

Traigamos tambien al debate la conveniencia de los bancos agrícolas; no porque sus bondades necesiten controvertirse, sinó sobre el modo de plantearlos, sobre el modo de administrarlos sin abusos, para que lo que debiera ser un cielo no se convierta en un infierno.

Traigamos tambien al debate cuestiones de alta apreciacion filosófica, como la civilizacion de la Galicia rural, comparada con la de la Galicia social: veamos, pues, porque la civilizacion de nuestros *highlands* ó habitantes de las montañas, permanece estacionada como en el tiempo de los suevos, y la de nuestros *lowlands*, ó habitantes de nuestras marinas, al nivel de la de los pueblos de España más cultos; y admiremos y expliquémonos el fenómeno que se observa entre ambas civilizaciones enclavadas en un mismo pais; que se tocan y no se confunden, que se comprenden y se desconfian: la una ingénita, como verdadera hija de la naturaleza; y la otra artificial y esplendorosa, como verdadera hija del movimiento progresivo de la sociedad en su marcha evolutiva en el Tiempo y el Espacio, Dios!

Traigamos tambien al debate la cuestion de nuestro ferro-carril, señores: veamos si para llevarlo á cima, cosa imposible á mi juicio por la escasez de numerario, bastaria crear un papel moneda; que circularan en fin sus acciones como circu-

lan, hasta en la region oficial, los billetes del banco de la Coruña.

Iniciemos y dilucidemos tambien la causa de la desconfianza que inspira la prensa galaica, cuyos escritores al ejercer desinteresadamente su sacerdocio, sin más interés que su amor profundo al pais natal, suelen ser mártires oscuros, sacrificados á la grande obra de nuestro desenvolvimiento moral y material.

Traigamos tambien al debate las cuestiones arqueológicas. Controvirtamos quien fundó ese faro que hiere nuestra vista todas las noches como la pupila del fantasma del pasado de Galicia, que, hijos ingratos de nuestra madre, no hemos tratado de ilustrar despues de diez y nueve siglos de cristianismo; del pasado, señores, que se levanta como un espectro de entre las tinieblas de los siglos, para echarnos en cara nuestra falsa ilustracion y nuestro escaso amor á los grandes estudios. ¿No es una vergüenza que arribe á nuestras playas un forastero, nos pregunte quien fundó la torre de Hércules, y no sepamos contestar si los fenicios ó los griegos, si los romanos ó los normandos? Ilustrémonos, pues, en discusiones templadas, sobre el origen de nuestros *lucos*; de nuestras *mámoas*; de nuestras *pedras vacilantes*, y de nuestros altivos *castros*: veamos si los *lucos* eran los bosques sagrados donde las antiguas parcialidades caláicas adoraban al Dios innominado, al Dios instintivo, al Dios que *se siente y no se vé* como el aroma de las flores, al gran Creador, en fin; veamos si las *mámoas* y las *pedras vacilantes* eran ó no eran monumentos célticos; veamos si nuestros castros, esos reductos cónicos que vereis á cada paso viajando por el pais, eran atrincheramientos del romano, del suevo ó del normando, ó *abrigos* y viviendas de nuestros ab-orígenes.

Vosotros: los que como yo hayais nacido en esta region artábriga de los brigantinos, oidme:—Si alguna vez atravesais las deliciosas marinas que se extienden desde Betanzos al Ferrol admirando sus aromáticas enramadas, sus pintorescos caserios y las flores que matizadas con todos los colores del rayo del sol que se descompone, esmaltan las orillas de sus limpios rios, deteneos un momento á orillas del pequeño Lambre, y saludad sus márgenes con emocion. Si, saludad conmovidos unas pobres

ruinas que riega con sus cristales al pasar por una de aquellas miserables pero bellísimas aldeas; porque son las ruinas de la antigua Lambre ó Lámbrica, capital de la república de los baedios ó ædios, los cuales eran de la raza céltica, y fueron los que, con su valor, hicieron célebre en las Gálias el nombre de nuestra querida pátria. No mireis con indiferencia aquellas ruinas, como las he mirado yo cuando no sabia lo que eran, cuando no sabia que ante el indomable arrojó de sus habitantes se detuvieron más de tres meses las legiones triunfantes que mandaba el pretor Decio Junio Bruto, al que el senado romano invistió con el sobrenombre de el *Calaico*, en recompensa de áquella conquista.—Y quien dice esas ruinas dice otras, señores; otras que nadie nos explica y que es preciso que nosotros expliquemos en este templo levantado al saber y á la ilustracion por medio de la controversia.

Por último,—en las cuestiones históricas, traigamos al debate cuestiones que sólo el debate puede esclarecer. Veamos como se formó el pueblo gallego: veamos como se perfiló en la aurora del mundo conocido, significando por origen las antiguas parcialidades caláicas: veamos despues lo que debe á su nacionalidad céltica, á la explotacion de los fenicios, á la colonizacion de los griegos, á la exploracion de los cartagineses, á la conquista y dominacion de los romanos, y á la monarquía de los suevos: veamos como rechazó al árabe antes que el pueblo astur y porque el pueblo astur absorbe esa gloria en la historia nacional; veamos como se erigió en condado dependiente de los reyes de Asturias, y las tentativas que hizo para emanciparse, desde la del conde de la Limia—alta hasta la del mariscal Pardo de Cela: veamos como en el horizonte de la dominacion castellana, se habia encarnado en el pais la teocracia, como un principio, y el feudalismo militar, como su mantenedor; y veamos en fin, como esta fórmula que vejaba y oprimia al pueblo, desaparece al empuje de las hermandades del siglo XV, y al grito de *Deus fratesque Gallaice*, ¡Dios y los hermanos de Galicia! caen desmoronados los palacios arzobiscales y los castillos de la nobleza, donde se encerraba el dogma de aquella organizacion política.

Y si esto último no sucedió así, como se cree generalmente, ilustrémonos respecto á esas grandes revueltas mirándolas bajo el prisma *democrático*. Veámos como la democracia se significó en nuestro horizonte histórico-político; cómo los *municipios*, expresión civil de nuestros abuelos, derrocaron lucha tras lucha el *poder temporal* de los prelados; y veámos cómo despues, *explotando* el clero la fuerza ciega de los municipios y las prerrogativas de la corona, el clero derrocó á su vez á la aristocracia feudal, quedando él solapadamente como dispensador de toda gracia y de todo poder, *por lo que condecoró á los reyes de España con el pomposo título de REYES CATÓLICOS* (1), y vino desde entonces dominando encubiertamente á la sociedad española...

¡Qué manantial de intsesantisimas cuestiones os he trazado á grandes rasgos, señores!! Bajad á esas profundidades del tiempo como baja el minero á las profundidades ignoradas; y así como él á la luz de su linterna arranca tesoros de mineral, arrañad vosotros tesoros de sabiduría, á la luz de la tradición, de la intuición y de la filosofía. No en vano Dios ha depositado en vuestras frentes un destello de su espiritualidad... corresponded á las esperanzas de la providencia... ilustraos é ilustrémonos... *por Galicia y para Galicia!!*

17 de abril de 1859.

DOS PALOMAS.

Dos palomas yo ví que se encontraron cruzando los espacios y al resbalar sus alas se tocaron...

Cual por mágia tal vez, al roce leve las dos se estremecieron. y un dulce encanto, indefinible y breve, en sus almas sintieron.

Y torciendo su marcha en un momento al contemplarse solas, se mecieron alegres en el viento como un cisne en las olas.

Juntáronse y volaron unidas tiernamente,

(1) Fernando V é Isabel I, nada hacían sino por consejo del clero: —especialmente la reina no recibía otras inspiraciones que las de sus *confesores*. Véanse los monumentos históricos de la época.

y un nuevo mundo á su placer buscaron, y otro más puro ambiente.

Y le hallaron al fin, y el nido hicieron en blanca cama de azucena y rosas; y en ellas se adurmieron con las libres y blancas mariposas.

Y al despertar su picos se juntaron, y en la aurora luciente sus caricias de amor se retrataron como sombra riente.

Y en nubes de oro y de zafir bogaban cual ondulante nave en la tranquila mar, y se arrullaban cual céfiro suave.

Juntas las dos al declinar el día causadas se posaban, y aún los besos el aura recogía que en sus picos jugaban.

Y así viviendo inmarchitables flores sus días coronaron, y nunca los amargos sinsabores sus delicias turbaron.

¡Felices esas aves que volando libres en paz por el espacio corren de purísima atmósfera gozando!

ROSALIA CASTRO.

1857.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS CHURRUCHAOS.

VII.

Justicia de Dios.

Tres días despues salió el rey de Santiago y embarcándose en la Coruña se dirigió á Bayona, donde se hallaba el príncipe de Gales, con objeto de que le favoreciese éste con más gente, pues con la que contaba en Galicia no juzgaba prudente aventurar su causa.

La calleja donde asesinaron al arzobispo, fué tapiada para que nadie pudiera pasar por allí; y Fernán Pérez Churruchao y Gonzalo Gomez Gallinato, corrieron á refugiarse al castillo de Castro-Caudal, pues el palacio que poseían en Santiago frente á la catedral y por la parte del admirable pórtico de la gloria, le habían puesto fuego los partidarios del arzobispo.

De Castro Caudal tuvieron que refugiarse en Corno de boy. Cuando entraron en el castillo, se hallaba Sancho Grez en un salon con muchos caballeros, celebrando en torno de una mesa erizada de botellas, la muerte del prelado de Santiago á quien no había podido ver en toda su vida por ciertas dispensaciones que tuvieran sobre feudos.

Al verlos entrar Sancho Grez en el salon, palideció por el momento; pero reponiéndose y queriendo celebrar su venida con alguna demostración de regocijo, levantóse de su asiento á duras penas, arrojó su cuerno al aire y más pronto dió de bruces sobre la mesa enteramente beodo, que bajase su

vaso. Prom de Ombal se hallaba tendido en el suelo sin mover piés ni manos, fulto de sentido, víctima asquerosa del vino que bebiera sin descanso.

Era tan grande el desórden que reinaba en Corno de boy, que los criados tuteaban á sus señores, y trastornados por el licor como ellos, les hacian mil insultos sin temor de ninguna especie. Gracias á esto, un pobre chico que no habrá olvidado el lector, llamado Rotalon, pudo evadirse de su calabozo y rondar alrededor de Sancho Grez con una alegría feroz, extraña en aquel tímido paje.

Cuando clavó los ojos en Fernan Perez á quien conocia mucho por haberle servido antes que á Sancho Grez, lo cogió de un brazo, hizo seña á Gallinato que lo siguieran, y bajó al patio del castillo. Allí abrió la puerta de un calabozo y los mandó asomar á una ventaua de él que daba al foso.

Ambos caballeros retrocedieron espantados, con las manos en la cabeza y despidiendo un grito doloroso. Habian visto el cadáver de Blanca, de aquella pobre niña de quince años tan bella y tan amable, horrorosamente mutilado.

Entónces el pajeillo les contó todo... les contó por qué casualidad habia oido la conversacion de Sancho Grez y Prom de Ombal, relativa al rapto y violacion de Blanca, y los dos caballeros empezaron á temblar al conocer la inocencia del arzobispo y la maldad del infame señor de aquellos muros.

—¡Desventurados de nosotros! exclamaron á este segundo golpe que acababa de conmoverlos.

Furiosos y frenéticos, salieron del calabozo, resueltos á acabar de una vez con aquellos hombres viles y desalmados, pero el paje los contuvo.

—Yo tambien tengo que vengar un grande ultrage, exclamó Rotalon; ayudadme y la venganza será completa.

Ellos prometieron ayudarle. Y en efecto, dos horas despues, cuando yá las sombras de la noche envolvieron los objetos en su tenebroso velo, era de ver la cumbre del monte Torla, donde se hallan hoy dia las ruinas del castillo de Corno de boy, arder como un bosque de gigantes pinos, y desaparecer la fortaleza con la gente que encerraba, entre torrentes de fuego y remolinos de humo.

VIII.

Conclusion.

Cuando los dos caballeros consumaron su horrosa venganza, es tradicion que se alejaron del país, sin que volvieran más á él.

La guerra civil terminó con la muerte de don Pedro en Montiel; y la proclamacion de don Enrique de Trastamara, por rey de Castilla, fué señalada en Galicia con el incendio de los castillos y palacios que poseian los Churruchaos, y cuyas ruinas existen hoy en Santiago, Pontvedra y en otros varios pueblos de las montañas.

B. VICETTO.

Sevilla, 1850.

Á J... L... y L...

ANTES DE VERTE YA TE AMABA.

Antes de verte, ya en el pecho mio tu imágen celestial sentí grabada; antes de verte ya, virgen hermosa, tu nombre el labio mio murmuraba

T. H.

Y cuando silenciosa noche oscura extiende sus crespones por el cielo entre sus sombras, fugitivas, vagas, cruzar te veia con latente anhelo.

Al primo albor de la naciente aurora que el mundo envuelve con sus rayos de oro, tu voz oia en mi ilusion amante susurrando en mi oido: *yo te adoro!*

Y allá en el mar... en sus rizadas olas, en sus graciosas curvas te veia coronado, entre espumas caprichosas, sus crines pardas, al romper bravía.

Cual el ave que audaz su planta posa descansando á placer en su vaiven, ya bajando hasta el fondo del abismo, ya rozando de sol la altiva sien,

¡cuántas veces oí tu voz preciada baladas modular de tierno amor, entre el silencio de la selva umbria, que, embidioso, escuchaba el ruiseñor!

Antes de verte, si, sombra querida, mi alma enamorada ya te amó, porque soñada has sido por mi mente; la fantasia en sueños te creó.

Tú fuiste, si, muger encantadora, la que en mis sueños de oro y rosa ví, la estrella refulgente que me alumbraba y el alma adora en loco frenesi.

Tú has sido, si, la que los ojos míos cegaste con la luz de tu mirada; la que veo delante noche y dia, de mi vida guiando la jornada.

Tú has sido, si, Te he visto en la alborada al teñir en colores la alta cumbre, y en el rey de los astros, y en la noche oculta ya del sol la ardiente lumbré.

Tú has sido, si, la que en la selva umbria, al par que el aura tierna, suspirabas; y dulce arrullo, rico en armonía, mi frente con su aliento acariciaba.

ANTONIO DE PAZOS Y VELA-HIDALGO.

Ferrol, 1875.

GALICIA PINTORESCA.

LA TORRE DE LA BARREIRA.

I.

Entre los rios afluentes de la izquierda del caudaloso Ulla, el nombrado Riobóo que recoge las aguas de la parroquia del mismo nombre y de la de Remesar, situa las á la parte suro ste del Puente Ulla ménos que á una legua de distancia de este ameno sitio en que el gran rio despues de recibir el Deza, su afluente izquierdo tambien, y de abrirse paso cortando de alto á bajo la sierra de cuarzo sobre la cual se eleva al cielo el Pico-Sagro, rey de los montes de la tierra, se detiene si-

lencioso para retratar en el espejo de su pecho aquellas vegas y viñedos de la Ulla, aquellos vergeles y bosques, aquellas iglesias, palacios y almenadas torres por dó quier, entre cedros y olivares, aquel esmerado cultivo que se extiende hasta la cúspide de las montañas y finalmente aquel patriarca y rey de las sierras, el Pico Sagro que en forma de pirámide, y pirámide natural del mundo y de la historia de nuestro país, domina como gigante monarca las tierras y los mares del privilegiado reino de Galicia, aislado, sin rival, saludado y adorado respetuosamente, desde los lejanos horizontes, por las bravas montañas que se destacan en el azul de los cielos y de los mares. Marcha el Ulla al océano con el retrato de ese paraíso que nuestros primeros padres confundirían con el perdido si bogando en el alta mar encontrasen con las claras y dulces aguas del venerable Ulla.

A la distancia, pues, que hemos dicho de su Puente, surcó la tierra de tal modo el Riobóo para su cauce, que se escondió profundo y las tierras quedaron en alto y las riberas del río se hicieron pendientes inaccesibles. Hay un lugar antes de la confluencia del Riobóo con el Ulla de hoy, en que el afluente viniendo de hácia el Sur dá un ancho rodeo por Occidente y corriendo al Este dobla des pues hácia el Norte para introducirse en el gran río.

En el espacio comprendido y encerrado por esta vuelta del Riobóo, se levanta un collado más bajo que el terreno de las márgenes opuestas, collado accesible sólo por la parte Sudeste, viniendo del palacio de Oca. En este collado se alzó algún día la Torre de la Barreira. El Riobóo labró en la série de los siglos un foso natural en la peña granítica del suelo; y ribazos verticalmente cortados en la misma peña, forman las paredes de ese foso, verdaderos precipicios ántes de alcanzar á vadear el río para los que de otro lado cualquiera pudieran intentarlo.

La Torre de la Barreira, no muestra ya en la actualidad más que pobres y escasas ruinas de lo que fué en tiempos mejores para la familia cuya era la interesante fortaleza. Sus torres han venido al suelo. Sus cubos yacen desmoronados. Los restos de sus cortinas apenas guardan la línea del plano porque se construyeron. Sus fosos altos, después de los naturales del río, están cegados y la línea exterior de los muros es ya un triste y miserable vallado de una abandonada heredad. Por último, la plaza del castillo se ha convertido en solitario bosquecillo sombreado por copudos castaños que forman el respetuoso dosel ó tienda que guarece del embate de la tempestad el resto de los sillares de aquella Torre ó fortaleza, que rodaron hasta lo profundo del río ó fueron sustraídos para formar parte en las paredes de vecinos y más modernos palacios. Como árbol caído fué tratada la Torre de la Barreira. Era de los Churruchos.

Sin embargo de tanta desolacion, no puede escaparse aún del todo á la vista la idea de la forma de su plano que parece un polígono hectagonal ó de siete lados, teniendo en cada esquina su cubo ó torre. Abrazará el perímetro sobre 360 varas. A la parte del Mediodía se reconocen los elevados cimientos de las paredes de la habitacion de los cas-

tellanos. Al Noroeste se sostienen aún dos altas paredes de la torre de entrada de la fortaleza interior que venia á estar á la parte opuesta de la entrada exterior y frente al punto más inaccesible del castillo. No se divisa en lo que no quedó derribado de la fortaleza, ninguna señal de ventanas sinó en esta torre de la entrada interior, cuya puerta aun se reconoce y es de arco y bóveda ojivales, conservando en lo alto, por la parte de adentro, las ruinosas paredes, algunas ménsulas para recoger las vigas del piso, mientras que las yedras por defuera abrazan tristemente las silenciosas ruinas. Ningun blason aparece ya en esta puerta, y no se sabe si por capricho ó significacion alguna, se ha cincelado en una de las dobelas del arco, que no es la clave, una cruz parecida á la de Calatrava.

La torre del Nordeste es de planta circular; y las más pronunciadas ó salientes fuera del polígono son esta defensa y la de entrada. En esta torre de planta perfectamente circular, hay una puerta de arco que conducia del interior de la fortaleza al de la misma torre. Los demás traveses eran de caras planas.

Nótanse asimismo las levantadas aunque ruinosas y desfiguradas paredes de una torre que al Sudeste se alzaba, fuera ya de la línea interior de la última defensa, y esta torre se adelantaba á formar parte de la primera línea, defendiendo la primera entrada, entre la cual y la fortaleza interior existia el foso que ahora se ve casi enteramente cegado. Las paredes de toda la fabrica eran sólidas y de fuerte sillería.

Examinando las inmediaciones del castillo, se observa á la parte Sur, bajando el monte hácia el río, un arco medio soterrado y á distancia ya de la fortaleza; y entrando por la boca de este arco con la incomodidad consiguiente, por hallarse la cavidad bastante obstruida, se nota que es un camino subterráneo y abovedado que lleva al parecer la direccion del foso al río bajando por la montaña. Yo recorrí la cavidad hacia arriba que era lo único que no estaba interrumpido, y subí como hasta unas veinte varas por bajo de tierra hasta que no pude más porque está la comunicacion completamente obstruida.

Hácia el Sudoeste hay tambien, orilla del río, una hermosa cueva abierta á pico en la peña, de espaciosa entrada y no de mucho fondo.

A la parte Norte aún se encuentran paredes á orilla del río, y se observa comunicacion de obra con la fortaleza, pero á la otra parte del río en frente á este lugar es la montaña de dura peña y enteramente inaccesible, siendo la pendiente de los otros lados, ó sea la restante margen izquierda del río, en extremo rápida. Con los antiguos medios de ataque era la Torre de la Barreira, por la extratéjica posicion que ocupaba, muy difícil por cierto, sinó imposible de asalto con una mediana guarnicion y municionada para algun tiempo de sitio.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

Se concluirá).

ALMA-FLOR.

BALADA.

Tinieblas por donde quieral
y donde quier soledad?
todo duerme en la pradera;
ni un rumor su calma altera!
ni una luz su oscuridad!

Y van las sombras cayendo,
y va el silencio aumentando,
y mis suspiros creciendo,
y mi corazon ardiendo,
y el pensamiento abrasando.

Y en este insomnio de amor
exala toda la noche
mi alma tanto dolor
como fragancia la flor
cuando abre á la luz su broche.

Pues en la noche callada
tanto se fija en mi mente
tu bella imágen amada,
qué en un desvelar ardiente
gime el alma enamorada.

Solo al despuntar la aurora,
cuando su iris colora
las cimas de Sierra Elvira,
ni el alma tristezas llora,
ni el alma de amor suspira!

Entónces, á sus albores,
cuando los ténues fulgores
se manifiestan suaves,
y abren su cáliz las flores,
y abren su pico las aves,

alma-flor el alma mia,
flor de la melancolía,
trémula flor de la noche,
al rayar la luz del dia
triste recoge su broche.

Y brilla el sol rutilante,
y canta el ave en la Vega,
y abre su corola amante
la flor pura y odorante
que el aura á intervalos plega.

Y todo vive en el suelo,
todo á la vida se exhibe
bajo el esplendor del cielo,
todo recibe consuelo,
todo animacion recibe.

Solo mi alma cansada
no sé si vive ó si muere
al rayo del sol plegada:
nada de emocion la hierre
y no la despierta nada!

Pero cuando el sol espira,
y la noche aterradora
cae sobre Sierra Elvira,
entónces, de amor suspira,
entónces, tristeza llora!

BENITO VICETTO.

Granada, 1863.

COSTUMBRES GALAICAS.

EL MAGOSTO DE 1832.

I.

Martina, jóven labradora, alegre y juguetona como el cabritillo, cuando animaba con su presencia y agudos chistes las *fias*, ó *desfolas* del maíz, la más hermosa y elegante de toda la parroquia, el adorno de sus bailes, la flor de su aldea, hija única de un rico *vinculeiro*, era lo que vulgarmente se dice una buena conveniencia. A los diez y nueve años, no debían faltar en torno suyo pretendientes de sus riquezas y adoradores de su hermosura; pero bastante bien hallada con su padre y con su madre; divertida por cualquier bagatela, sin pensamientos propios, sinó es el de lucir alguna vez su esbelto talle y su cabello de seda que procuraba no cubriese del todo la graciosa cofia, siempre contenta consigo y jamás de mal humor con los demás, no parecía tener un corazon excesivamente impresionable; así es que oía los requiebros de los mozos de la aldea con un aire de indiferencia jocosas, como pudiera la más apuesta cortesana las flores de adulacion que los caballeros acostumbran á derramar en manojos por los salones aderezados. Por otra parte, su amor al trabajo y al gobierno de la casa, la hacian capaz de ser muy buena esposa y mejor madre de familias, aunque no sentía la más pequeña inclinacion al matrimonio.

Agustin, el rapaz que mejor repiqueteaba las castañetas, de rizos ojos y melenas del mismo color, sin barba aun y de ojos azules que revelaban una alma formada para gozar, es un cuerpo nacido más bien para el deleite que para la fatiga, se encontraba siempre donde estaba Martina, multiplicándose de manera, que á la salida de la Iglesia encaraba con él, en los caminos le hallaba de frente; cuando ella estaba en el prado, él pasaba por allí, y siempre en todas partes y á todas horas iba identificado con su sombra. Martina no podía dejar de advertirlo, sentir un poco de vanidad al verse preferida por un mozo, acaso el más galan de todo el valle, pero nada más; veía con sentimiento la envidia mal contenida de sus compañeras, y en Agustin no encontraba el hombre que fuese capaz de infundirle el respeto que creía necesario profesar á un marido, porque era algo casquivano, y Martina, aunque de alegre condicion, en su fondo tenia pensamientos muy sólidos, atendida su edad y sexo. Agustin se fatigó en vano y en vano esperó los maravillosos efectos que á la asidua constancia se atribuyen. Martina le huía más, cuanto más él la buscaba: acudió á su padre como postrer recurso, más el padre de Martina esperaba quizá otro yerno de más seso y de mayores riquezas.

Leoncio, un hombre de fortuna improvisada, simple arriero ayer, y hoy contratante, arrendatario y comerciante de vinos por mayor, dueño de considerable porcion de tabernas en aldeas y ciudades y hacendado poderoso, miró al rededor de si y se vió muy pequeño para disfrutar lo que habia adquirido: deseó una muger que le hiciese padre: no queria sin

embargo salir de su clase, aunque proyectaba carreras literarias y brillante educacion para sus hijos: tendió la vista por la comarca y no muy lejos divisó á la hija del vinculero lozana y robusta como una montañesa, hermosa y rica á medida de su deseo. En su infancia hubiera sido atrevimiento imperdonable elevar sus miras hasta la familia de Martina, pero hoy monta con orgullo sobre la más arrogante de sus mulas, y toma la direccion de su casa con la nécia presuncion que da el oro y las haciendas, satisfecho de la oferta que vá á hacer de su persona, calculando el agasajo con que será recibido, por los futuros suegros, el rubor de la desposada unido á la gratitud que le mostrará por haberla elegido para tan elevado puesto; como le declarará su amor, como... pero Leoncio soñaba, porque Martina miró con desprecio su altivez; y con enfado el que se introdujese á tratar de su persona con su padre sin tener en cuenta su voluntad. Incomodada, ni aun por bien parecer quiso recibir al novio que se volvió en su mula más pausado de lo que viniera, cabizbajo y mohino además ¡Cómo el amor propio de las personas que más felices parecen, tiene tambien sus contratiempos que roer!

Martina continuaba soltera y alegre como siempre, siempre dispuesta á loquear con las otras jóvenes, gozando con la inocencia de una niña los sencillos placeres del campo, sus fiestas y todas las distracciones que sus padres le permitian, acompañándola á disfrutarlas. Entretanto el 14 de noviembre de 1831 vino como suele decirse á marchas dobles sobre las faenas de la vendimia, abriendo el paso al invierno que por no oírse llamar perezoso se apresura á deshojar árboles y parras, aniquilando toda vida y empujando los días, que por eso nos parece que se corren en esta época más de lo que suelen en las demás del año. Ese día era de regocijo para la familia de Martina desde 20 años atrás, porque como la lamina del libro de su vida, se presentaba á sus ojos lleno de recuerdos. En 1811 el 10 de noviembre dos esposos jóvenes hacian su *magosto* despues de concluida la cosecha de la castaña: era de noche, y al llegar el marido de sus trabajos agrícolas, la muger le digera cariñosa;

—Aquí tienes tu banquillo, siéntate que voy á hacer lumbre, habrás tenido frio.

—No, ha estado templado el día, y tú ¿cómo te encuentras?

—Bien, completamente bien; sólo que no puedo andar tanto como quisiera, y tengo miedo á veces; tu prima Ramona...

—Calla, tonta, tú eres robusta: Ramona era muy endeble, y el cirujano ya la dijo que se preparase, que era muy difícil saliese con bien.

—Si, pero ¿y cuántas...

—Ba, ba, deja eso.

—Yo, si Dios fuere servido estoy dispuesta: ay!

Un agudísimo dolor interrumpió este diálogo, anunciando que la hora era llegada: y antes del amanecer, una niña y su madre estaban fuera de cuidado: el *magosto* suspendido se celebró al día siguiente, festividad de S. Martín, despues de bautizada la niña, en compañía de todos los parientes, con repetidos brindis y algazara. Desde entónces el once de noviembre de cada año era día de alegre *magosto* en casa de Martina.

El actual lo celebraron tambien con su parentela, que desde entónces se habia disminuido considerablemente porque sólo vivian dos sobrinos pequeños y Dionisio su primo tercero, mozo robusto y nada melindroso, que así cargaba un carro como enjaezaba una caballería, alto, bien dispuesto, de color triguño y pelo negro enortijado.

Huérfano desde los 15 años habia comprendido

perfectamente su situación y se dedicó con afán al trabajo. Dotado de una penetracion nada comun, é instruido por el Sr. Cura, habia llegado á los 24 años que contaba, á ser el astrólogo de la comarca en cuanto á las variaciones de la atmósfera y el Nestor en cuanto á las épocas de las labores. Un alma fogosa, un claro entendimiento y una viva imaginacion se ocultaban bajo el burdo paño; una joya en bruto habia perdido en él la república literaria, más sino habia sido enviado al mundo para rozarse con la púrpura y los tronos, y sinó brillaba en las grandes capitales, iluminaba á lo ménos el valle que le viera nacer, y en sus puras costumbres, abrigadas del aire pestilente de las sociedades, tenia una garantía segura de su felicidad, y de la de aquella que le quisiese por compañero en su peregrinacion por el mundo. Este era Dionisio, de un corazón bondadoso, que sufría por amor á la paz cualquiera vejacion sin quejarse, y que se apresuraba á socorrer con generosidad las necesidades de sus hermanos, antes de que se lo pidiesen, por lo cual era querido de toda la parroquia.

JOSÉ MARIA GIL.

(Se continuará.)

EN EL CEMENTERIO DE VIGO.

¡Qué bien hiciste en fijar,
negra muerte, tu mansion
en este triste lugar,
orillas del ancho mar
y al pié de la poblacion!

Dícese en el cementerio,
con ese vago misterio
que los sepúlcros encierra,
que es tan inmenso tu imperio
que abarca el mar y la tierra.

Por ahogar más inclemente
suspiros, ayes y llanto,
virgen de luto y quebranto,
á orillas del mar rugiente
extientes tu negro manto.

Pasas las noches á solas
formando tristes conciertos
con las víctimas que inmolas,
y aduermes aquí los muertos
al murmullo de las olas.

No sé que sordo rumor
escucho en mi alrededor,
ni que doliente gemir
viene triste á interrumpir
tu silencio aterrador.

Parece que el mar se queja,
se queja la tierra impura
porque á la muerte se aleja,

tan rápida como deja
un cadáver su envoltura.

Bajo tu influjo, el más fuerte
inclina la frente triste,
que el hálito de la muerte
todo en cenizas convierte,
cuanto ha sido y cuanto existe.

Con sus capullos abiertos
flores de campos y huertos
aquí mueren y aquí viven,
flores que vida reciben
de los restos de los muertos.

Medro a la fantasía
remeda aquí mil congojas,
en esa vaga armonía
que forma al morir el día
el aura al besar las hojas.

Aquí un extraño temor
vá aumentando los objetos,
y aquí trasforma el horror
cipreses en esqueletos
y en un muerto cada flor.

¡Oh cementerio de Vigo
á orillas del mar situado
y de la tierra al abrigo,
quizás para ser testigo
del fin de lo creado;

¡qué bien hiciste fijar
tu solitaria mansion
en este triste lugar,
con una puerta hácia el mar,
con otra á la poblacion!

VALENTIN LAMAS CARVAJAL.
Vigo, 1874.

GUDA Y YO.

VIAJE AL PLANETA SATURNO.

II.

La Tierra á vista de pájaro.

En el mismo instante experimentamos una ligera conmoción, sintiendo un leve soplo por nuestros rostros, y nos hallamos en el espacio, ascendiendo por la atmósfera, sentados cómodamente en aquel precioso diván de forma de coacha oval.

Franquitos Guda y yo, uno al lado de otro, con nuestras manos cogidas, mi adorada me dijo:

—Ya lo ves, tú fuiste mi preferido en la tierra

y deseando estar contigo arrojé este peligro, que me parece inminente, si Dios no se apiada de nuestro puro y tierno amor. No puedo darme cuenta de nada de esto, porque sabes que las jóvenes no tenemos jamás una instrucción sólida, pero tú, que debes poseer los principios de la ciencia, observa y refiérme el resultado de tus especulaciones, siquiera no sea más que como una recompensa á mi abnegación. Deseo saber si esto es todo obra del genio del hombre, ó es que el Cielo bendice nuestro amor.

—¡Ah! Guda mía, no sé yo mucho más que tú, pues el hombre sobre la tierra está aprendiendo siempre para comprender que si no sabe cada vez menos, tiene ciertamente cada vez más dudas. Dejemos, por tanto, alma mía, la severidad del estudio y entreguémonos á las deliranzas del amor. Olvidad las nuestras almas del mundo exterior, vivan unidas confundiendo también los latidos de nuestros corazones. Pues que, como o ha dicho Virgilio por boca de un pastor, *Omnia vincit amor, cedamus amori*.

—Meditad, observó juiciosamente Guda, que habitamos ya en el espacio, que estamos sobre el abismo.

Temblé, pero no separé mis ojos de su semblante, ora fuese porque no podía dejar de mirarla, ora porque me asustase contemplar la imponente escena que debía ofrecerse á la vista.

En aquel instante, el genio que nos conducía vino á sentarse frente á nosotros, en un tercer asiento de aquella como flotante mansion de los zéiros, que tenía por dosel el diáfano azul del firmamento.

—Acabo de oírte; dijo el genio con acento profundo, dirigiéndose á mi; y vengo á decirte que el hombre, para merecer el glorioso título de soberano de la creación, debe anteponer á los impulsos del corazón las elucubraciones de la razón. No os basta haberos dicho una vez que os amais, ó es preciso ser continuo juguete de pasiones á que no son ajenos los brutos? Que vuestros corazones se amen intimamente está muy bien, porque el amor es el lazo armónico de los seres animados; mas guardaos mucho de que vuestra voluntad sea esclava de vuestros sentidos.

Así, pues, cuidad lo primero de cultivar vuestra inteligencia, que para eso os ofrezco esta ocasión, no para favorecer vuestro amor, que podría existir del mismo modo en el más oscuro rincón de vuestro planeta.

Guda y yo nos miramos llenos de asombro y rubor.

—Teneis razón, murmuró Guda despues de un momento.

—Me habia olvidado de mi mismo, añadió con timidez: veamos lo que pasa.

Y dirigí una mirada en torno.

Estáramos á unos mil doscientos metros de la tierra, es decir del soto de San Juan en que nos habíamos encontrado, pues por lo demás ascendíamos en la atmósfera, que ya se sabe es la parte exterior é integrante del globo terrestre. El espectáculo que se presentaba á la vista era por demás grandioso y sublime, aunque aterrador. Teníamos debajo de nosotros una vasta extensión dorada por los rayos del sol, cuyo disco encendido por una tinta de escarlata subía por el horizonte, en

tan to que sus fulgores se reflejaban ya sobre la tierra como en un espejo. Hacia un punto, aquel por donde se levantaba el astro del día, parecía distinguirse un voraz incendio, tan roja era allí la luz; mientras que en el resto, algunos segmentos oscuros interrumpían la luminosa llanura. Comprendí que estas nebulosidades provenían de tondonadas y objetos cuyo poder reflejante no era tan grande como el de la tierra más elevada; y que empezaban ya á sustraerse á nuestras miradas, acercándose aparentemente, confundiéndose luego y eludiendo por último la verdadera acción de nuestros sentidos. Caminábamos por un inmenso espacio ocupado sólo por la luz, si es que este imponderable agente puede ocupar.

Guda llamó mi atención hacia el rojo color de que se revestía el oriente, curiosa de saber á qué atribuir aquellas diferencias de matiz.

—Es, dije, que al irradiar el sol sus rayos tangentes á la tierra, por ese punto del horizonte en cuyo zenit nos hallamos, los rayos rojos que entran en el espectro solar, como más refrangibles, divergen mucho por el fenómeno de la refracción, y al desviarse en el medio más denso son precursoros del astro que los produce.

—Habéis de zenit y de espectro solar, observó la juiciosa Guda, sin decirnos lo que eso significa.

—Teneis razon, contesté reconociendo al punto mi ligereza, si bien convendréis en que es muy difícil hacerse comprender de un auditorio que no está suficientemente preparado.

—Yo os ayudaré, interpuso el génio; prestadme vuestra atención y no vacileis en interrumpirme si no percibis con claridad mis explicaciones.

Rospiré entonces, porque iba á tener el doble placer de contemplar libremente á Guda, á quien no me cansaba de admirar, y de oír al génio de la ciencia pronto á descubrirnos tal vez secretos profundos de la naturaleza, que me parecían otros tantos misterios ó arcanos.

—Estamos, en efecto en el zenit, dijo, con referencia al lugarcillo de donde nos hemos elevado, es decir que nos hallamos en uno de los puntos superiores de una línea imaginaria, continuación si quereis de un hilo indefinido que, sujeto por un extremo y llevando en el otro un peso, abandonado libremente busca en su reposo la perpendicular á la superficie de las aguas tranquilas. — Esa claridad que ilumina la tierra, sobre la cual nos vamos elevando, es producida por los rayos del sol que se reflejan en su superficie, á la manera que habréis visto reflejarse la luz natural ó artificial en los espejos que adornan las habitaciones del vano terrícola. Cuando estos rayos se descomponen, aislándose ó separándose, se observa que no constan de un mismo color sino de siete diferentes que, reunidos en un haz, constituyen la luz blanca. Los rayos, según su matiz, tienen distinto poder refractante; esto es, se desvían más ó menos de su dirección primitiva, cuando atraviesan medios ó capas de diversas densidades. Los de color rojo son efectivamente muy refrangibles y llegan los primeros, dando este color al punto del cielo y adelantando la salida de los astros, cuya luz es bastante poderosa para ofrecer de un modo sensi-

ble este fenómeno, llamado refracción. Como se comprende bien es preciso tenerla presente, para corregir del error que introduce en los cálculos de alturas, á las cuales hay que restarla, variando su valor en razón de la elevación.

Seguíamos ascendiendo rápidamente y poco á poco se borraban los perfiles de aquella enorme y al principio informe masa de donde habíamos salido, empezando á dibujarse ya en ella la forma esférica.

El sol cual radiante globo de luz, veíase aislado á larga distancia, sin nubes en su alrededor, magestuoso y sorprendentemente pareciendo amenazar-nos con sus dardos de fuego. El calor, sin embargo, decaía sensiblemente, y las brisas empezaban á recoger los suspiros con que habían saludado nuestra partida.

—¿Y cómo es, observó Guda, que ese inmenso fanal, que supongo sea el sol, hállese tan apartado de nosotros y de nuestro planeta, cuando lo ví salir muchas veces tocando la cima de las lejanas montañas?

—Eso era una ilusión óptica, contestó el génio, porque estando vuestra vista limitada á un reducido horizonte, referiais á la esfera de acción de vuestros sentidos, todos los objetos que presentaban.

—Por manera que está muy separado?

—Unos veintisiete millones de leguas por término medio, pues no ignoraréis que no siempre estamos á igual distancia de él, refiriéndonos á la Tierra, en virtud del movimiento de traslación de esta.

—Es verdad, observó Guda; he oído más de una vez que la Tierra gira sobre su eje por un movimiento de rotación y se pasea en el vacío por el de traslación.

—Y como el sol no está precisamente en el centro de esa ruta, que se llama órbita del planeta, repuso el génio, de ahí que el último se aproxime ó se aleje de aquel, pasando así por perihelio y afelio.

—Ahora, dijo Guda, se me ocurre que si nos d tenemos, podremos ver girar bajo nosotros la Tierra, y aún reconocer ámbos hemisferios si nos acercamos.

—Según eso, observé, en veinticuatro horas habríamos dado la vuelta al mundo.

—Ciertamente, interpuso el génio, si no fuésemos arrastrados también en la rotación de la Tierra. ¿Y cómo? si estamos suspendidos sobre ella, objetó Guda.

—Sin duda, pero dentro de su atmósfera, contestó el génio, que, como ya sabéis, es parte del planeta.

En este momento contemplamos ya un firmamento, no claro y diáfano como antes, sino de un azul oscuro y turbio, en medio del cual reinaba un silencio solemne y absoluto. Yo no pude menos de recordar el primer viaje en globo de Gay Lussac, cuando se quedó sorprendido ante un espectáculo semejante.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

EL CARBON DE MI CHIMENEA.

I.

Oscura masa que ardiendo
ya vas en mi chimenea,
¡cuánto me estás descubriendo!
¡qué misterios no estoy viendo
en tu llama que azuleal

Tú, de la tierra salida,
y en su centro sepultado,
di, carbon ennegrecido,
antes de ahora ¿que has sido?
¿fué siempre el mismo tu estado?

Ese calor que me envías,
si ardiendo desapareces,
¿al nacer lo poseías?
¿Gozabas tú en otros días
del calor que ora me ofreces?

¿Eres resto, por ventura,
de algún incendio apagado
que envió Dios de su altura,
y en esa ceniza oscura
los mundos ha transformado?

Si eres tú de eternas horas
sin luz el solo testigo,
las llamas abrasadoras
en que ardiendo te evaporas,
di, por qué encierras contigo?

II.

Mas ¡oh! no ví cuando avivas
el fuego en mi chimenea,
que grandezas primitivas
quizás al arder describas,
y en letras de fuego sea.

No ví los troncos cayendo
ir de los bosques umbríos,
restos que va recogiendo
la selva, y sustituyendo
por árboles de más bríos.

No ví que un tiempo el follaje
te cubrió: tuviste flores,
besó el aura tu ramaje,
diste nido y hospedaje
á los pájaros cantores.

Tal vez la fruta preciada
tuviste en pés del azabar,
cual copa de oro colgada,
que vió la sed mitigada
del hijo del aduar.

Quizá tu existencia era
la del muérdago sagrado,
que con aurea podadera
sacerdotisa altanera
de ramas ha d' spojado.

Y cuando edad tras edad
vió pasar tu tronco abierto,
guardada y seguridad
en la virgen soledad
diste al leon del desierto.

III.

Por fin con terrible estruendo
la selva retumbaria...
sobre la tierra cayendo

ella te fué sumergiendo,
te robó la luz del día...

Mas no, que la luz divina
de esas doradas auroras
aun hoy tu fondo ilumina;
¿qué es tu llama purpurina?
¿qué es el calor que atesoras?

No es la luz enamorada
que un tiempo al besar tus hojas
quedó en tí depositada,
y hoy, tierra carbonizada,
¿no es esa luz la que arrojas?

No das nocturnos fulgores
al que en las ciudades vive,
é instantes embriagadores;
ricas páginas de amores
no es tu luz la que allí escribe?

Y la audaz locomotora,
la nave que al mar domeña,
¿no es tu luz quien acalora?
¡tú, del mar dominadora,
tú, de los espacios dueña!

IV.

Si has de volver á ocultarte
dentro de abismos profundos,
donde el hombre al encontrarte
tenza que hal ar en tí parte
de los lazos de otros mundos;

La esencia que en mí se anida
también recoger pudieras
como luz adormecida
que despertase á otra vida
en edades venideras.

¿Mas muere así la existencia?
¿Se extingue toda y consume?
¿no atesora igual esencia
que Dios lleva á su presencia
y es de los cielos perfume?

El alma humana cautiva
con su luz, con su razón,
¿no hay mundo que la reciba?
¿ha de ser ménos activa
que el átomo de carbon?

LUIS RODRIGUEZ SEOANE.

Santiago - 1875.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

VI.

Revelacion de un drama.

Reinaron unos momentos de silencio, despues de esta explicacion de Guilaroy, durante los cuales yo meditaba sobre la suerte del recién nacido.

—Guilaroy—le dije en seguida;—puesto que la providencia pareció conducirme aqui para evitar el crimen que ibas á perpetrar, quiero evitarlo en toda regla. Toma inmediatamente la criatura en tus brazos. . y sin perder instantes, la dás á criar cerca de aqui... donde yo pueda espiar el trato que le dan.

No repares en dinero... paga bien, pues no tienes más que pedirme cuanto se necesite.

—Entonces la llevaré á Encineira, en casa de una hermana mía, que ha parido hace poco.

Y tomó la criatura en sus brazos.

—Bueno—le dije. Haz cuanto juzgues conveniente para que viva ese niño: tu vida me responde de la suya.

Y acercándome á la criatura, me fijé bien en sus facciones, descubriéndole un pequeño lunar sobre la mejilla izquierda y próximo á la boca.

Guilaroy salió del bosque con ella.

—Espera!—le grité—¿Cómo se llama tu hermana?

—Eufemia la de Meiral, en Santa Isabel de Encineira, señor.

Y siguió corriendo con el niño, dirigiéndose por senderos ocultos hácia el lugar de Meiral.

VII.

Las aureanas.

Yo me dirigi entonces á la puente Cigarrosa, y me detuve allí, en aquel puente construido por los romanos, ya contemplando las aureanas de Seadur que bu-caban las arenas auríferas, ya conteraplando la marcha magestuosa del Sil.

Las aureanas y el Sil...! Oh! puede darse nada más poético!

El Sil, ese caudaloso río de las cordilleras del Vierzo, que nace en las montañas de Leon y despues de recorrer los prolongados valles de Orres, Quiroga y otros no ménos poéticos y deliciosos, va á engrosar la corriente del Miño en Beacar, es uno de los ríos más pintorescos, uno de los ríos de España que más se particularizan por sus paisajes sorprendentes y por las ruinas de sus monumentos y de sus fortalezas, erigidas y devastadas por las generaciones que se sucedieron en el territorio que fecunda.

Allí, en sus risueñas ó sombrías márgenes se halla escrita la historia de la humanidad. Allí, á sus frondosas ó roqueras márgenes es donde debe acudir el poeta, el pintor, el historiador, el arqueólogo, el anticuario... toda inteligencia dedicada á investigar la huella del hombre de *ayer* para ilustrar al hombre de *mañana*.

Porque allí, en su region hidrográfica, se encuentran los vestigios del celta y del romano, del nuevo y del godo: los elevados *castros* y las cónicas *mámoas*, los sólidos puentes y los primitivos *túneles*, las enhiestas fortalezas y los magestuosos templos,—cuyas ruinas son los geroglíficos con que se han escrito en piedra las diferentes dominaciones del país.

Visitad aquel territorio maravillosamente quebrado; y al pié de un monumento construido por el celta, encontrareis una montaña horadada por las legiones de Decio Bruto, y al pié de un castillo levantado por los guerreros de Carriarico ó de Miro, otro castillo-altar erigido por los templarios, esos soldados de las sangrientas guerras de la Cruz y de la media Luna.

¿Y por qué tantas razas, por qué tantas generaciones se sucedieron en aquellos valles? ¿por su riqueza territorial agrícola ó por su riqueza territorial metalúrgica?—Las grandes obras erigidas en las orillas del Sil, nos revelan lo último; Montefurado es el testimonio más elocuente. Ese túnel, esa horadación gigantesca para cambiar el curso del Sil, esa obra en fin de titanes, revela más que nada los tesoros que sirven de lecho al río de las místicas baladas *El Salto de Santrago, y la Cruz del Temple*

rio; al río de las flores y de las arenas de oro; al río del cantor de El Lago de Carucedo y de El señor de Bembibre, Enrique Gil.

Oh! tended la vista por los valles de Seadur ó de Rublido; registrad de una mirada sus pintorescas sinuosidades; admirad su verdor eterno, los árboles que sombrean la corriente del Sil, y la limpieza de sus aguas tan azules como el cielo de aquellas montañas cuyo color reflejan.

Ese es el cuadro de aquel Edem, edicion del caos, cuyo autor es Dios.

Buscad figuras en ese lienzo. Pero no busqueis al rudo celta, al explotador fenicio, al guerrero romano, al fiero suevo, ni al conquistador godo. ¡Ya pasaron!

Tampoco busqueis al señor feudal, al templario, al monge ni al paladin. ¡Ya pasaron tambien!

Pero buscad.. Mirad: allá sobre aquellos desfiladeros de escalonadas rocas, cruzan dos ó tres hombres que aparecen y desaparecen entre ellas. Son cazadores. Abajo, en el fondo del valle, en las márgenes del Sil, se agitan muchas jóvenes lindísimas, inclinadas sobre el espejo de sus aguas transparentes, como si se contemplasen en su aljófár. Ay! son aureanas!

Cazadores y aureanas, he ahí lo que se encuentra hoy en las márgenes del Sil.

Las aureanas! *Poetas, sacad una voz de lo más íntimo del alma para cantar á mis aureanas*, exclamó Bautista Alonso, cuando las convulsiones de la política aún no habian absorbido esta intelectual

Poetas cantadme conmigo! clamó tambien Enrique Gil, ántes de espirar entre las nieves de Berlin, á donde le habia conducido la diplomacia.

Pero ¡ay! los poetas de allende el Miño ¿cómo habian de cantar la pureza, la hermosura y la misión de aquellas vírgenes acuáticas como las náyades, si no las conocían?

Oh! yo no las cantaré tampoco; pero os llevaré junto á ellas á la salida del sol;—y allí, en las orillas del argentífero Sil os enseñaré la vida en sus ojos.

Esto os podrá parecer oscuro.—Aclararé mejor esta idea: las aureanas *tienen la vida en los ojos*.

Las aureanas tienen la vida en los ojos, porque despiertan cuando el sol lanza sus primeros rayos y se duermen cuando el sol tiende los últimos. Es decir, viven con el sol, viven con la luz. La luna no las conoce, ni ellas conocen á la luna. La noche es para ellas el sueño. El día es para ellas la vida. Cuando el sol asoma en el horizonte, la aureana abre los ojos y empieza á vivir: cuando el sol traspone las montañas, cuando sus últimos rayos se desvanecen, la aureana cierra los ojos y muere, es decir, empieza á dormir. Los crepúsculos matutino y vespertino son sus transiciones de vida y de muerte. Buscad una existencia más parecida á la de la flor. Buscadme una existencia más poética.

Trasplantad esta flor-mujer, esta poesía *pur sang*, á un salon lujosamente decorado y alumbrado. Ay! moriría! Sus hojas, es decir, sus ojos, se cerrarian lánguidamente al choque de la luz artificial, y su cabeza se inclinaria sobre su tallo. Oh! cuánto tienen de sensitivas las pobres aureanas!

Las aureanas tienen la vida en los ojos, y viven con la luz.

Porque cuando el sol las despierta salen de sus cabañas, corren á las orillas del Sil, y no viven allí más que con los ojos fijos en sus arenas... Buscan las de oro!

Esa es su vida: no tienen otra. No sienten la vida de la pasión: si la sienten, buscadla en sus ojos... en el tornasol de sus ojos, en sus cambiantes...

no en la fijeza de su pupila, ni en su dilatacion. Cuando encuentran una arena de oro, brillan súbitamente. Despues... la insensibilidad.

La vida de la pasion... ¡ay pobres virgenes! aisladas, perdidas en las márgenes del Sil... en la soledad del desierto!

Sus emociones de hoy son todas iguales á las de ayer; tranquilas, uniformes, castas y puras como ellas. Las que les producen el murmullo del Sil, el susurro de los árboles, el balido de las ovejías... el canto de las aves... Nada más; no tienen otras armonías, no tienen otras emociones!

Sus amores... no tienen amores.

Y el amor á Dios? Es una intuicion.

Y el amor filial?—Es un instinto.

Y el amor fraternal?—Todos son sus hermanos

¡Es un amor tan vago!

Las aureanas mueren tan vírgenes de emociones y de deseos como nacen. Un día es tan igual al otro!

Para ellas el mundo es el horizonte sensible, como dicen los cosmógrafos. Es decir, el espacio de sus valles, de los valles en que pasan el día, la vida.

Trasplantadas al Teatro Real... ó á la catedral de Sévilla, lo mismo importa para ellas; pues bien, trasplantadas bajo una de esas elevadas bóvedas impregnadas de *agua de colonia* ó de incienso, de las inspiraciones armónicas de Verdi ó de Esclava; sus ojos se cerrarán... y su pensamiento... ¡ah! no tienen pensamiento teniendo los ojos cerrados.

Las aureanas tienen, pues, la vida en los ojos.

Quien pretendiera arrancarlas de la existencia inherente á su mision, y hacerlas vivir en los salones, sería lo mismo que trasplantar una flor indígena de nuestras húmedas montañas, á las ardientes llanuras del Africa. Ellas deben nacer y morir allí. Flores espirituales del Sil, desde su cuna hasta su sepultura no tienen más que un día... un día de sol. Compararlas con las elegantes del gran mundo, es comparar á la sensitiva con las rosas. La sensitiva no se puede tocar... la rosa... oh! la rosa aunque la corteis de su tallo, aunque quiteis hojas á su corola aún vive, aún halaga la vista con su belleza deslumbrante, aún enagena los sentidos con su aromática esencia.

Pero las pobres aureanas, las pobres sensitivas, las pobres flores del Sil...! oh! el hombre que las marchitara tendria menos corazon, mucho menos corazon que ellas! Desgraciado! Qué cuenta tendria que dar á su amante... Dios!

¡Ah, Jorge Vilar de Mondelo! desdichado de tí despues de esta vida transitoria... desdichado de tí si en efecto la muerte es el principio de la vida eterna... porque entonces, sin que el Supremo Juez te recuerde tu crimen, tu mismo sentirás en la eternidad del Tiempo, Dios, los horrores de todo el mal que causa-te en la Tierra!

VIII.

Peña de Foleche.

Bajo la influencia de esta poesia dolorosa, hija de la escena que acababa de abarcar orillas del Sil, regresé al palacio de Fomey sumamente impresionado.

Nada revelé á mi padre, ni al doctor, ni á Nieves. Guardé el secreto de todo en el fondo de mi corazon,—y aunque despues de almorzar vino á visitarnos Jorge Vilar de Mondelo, como acostumbraba alguna que otra vez, nada revelé en mi semblante ni en mis palabras respecto á la aversion profunda que aquel jóven me inspiraba. Cuanto menos podria hablar con él, lo hacia sin rayar en la imprudencia;

—pero por una de esas circunstancias inexplicables del trato social, más y más el infeliz pretendia conversar conmigo, haciéndome redobladas preguntas sobre las mil y una incidencias de mis viajes. A Nieves apenas le dirigia Jorje la palabra, y esto entraba por mucho en su táctica amorosa,—por lo que nadie, nadie hubiera sospechado que era el amante de mi mujer, como lo habia sido de la pobre aureana cuyo hijo habia dispuesto inmolar barbaramente.

BENITO VI ETTO.

(Se continuará.)

SALUDO DE DOLOR.

Si al recorrer la placida arboleda,
sientes gemir en derredor de tí,
no gemirá la fronda en la alameda...
es mi dolor que te saluda allí.

Si al divagar por la arenosa playa,
el leve giro de un rumor va á tí,
no es el rumor del onda que desmaya...
es mi dolor que te saluda allí.

Si al contemplar en la montaña el cielo
aura de amor te acariciare á tí,
no el son del aura te dirá su anhelo...
es mi dolor que te saluda allí.

Si al recibir una oracion mi tumba,
vuela eco fiel á reflejar en tí,
eco ilusorio de un adios no zumba...
es mi dolor que te saluda allí.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Vigo,—1869.

GALICIA INDUSTRIAL.

SARGADELOS EN 1851.

Este magnifico establecimiento de fundicion, situado en la parroquia de su nombre, distante 3 leguas de Vivero, 7 de Rivadeo, 5 de Mondoñedo y 14 de le-ua de la mar, cerca de la punta de Burela,—empezó en 1719 por una herreria con su martinete, destruido por un incendio deliberado.

Mas tarde, en 1791, se ha construido sobre sus ruinas una fabrica de fundicion de hierro, la cual correspondió cumplidamente, en el corto plazo de cinco años, á la contrata de municiones de guerra, establecida entre el gobierno de Carlos IV y el señor Ibañez, propietario de esta casa fabril, Desde la mencionada época, la fábrica de Sargadelos fué la abastecedora de los proyectiles empleados en las campañas nacionales desde la guerra de la Independencia, en cuyo periodo cargó cuarenta buques de transporte, hasta la última lucha civil y la seguridad de nuestros remotos dominios del Asia en 1845.

El primer horno alto que se ha construido en Galicia perteneció á esta fabrica, asi como otro de reverbero para la fundicion de los cañones, y de calcinacion para los minerales férreos. El acopio de combustible vegetal hizo necesaria la adquisicion de montes poblados de árboles, y la extension de

los trabajos empleados en las constantes elaboraciones de esta fábrica, originó la construcción de grandes y espaciosos talleres y de casas destinadas á los numerosos operarios del establecimiento. Se improvisó un pueblo en medio de las quebradas montañas del territorio: las casas formaron calles, y las proporciones colosales de la fábrica ensancharon la línea de las construcciones subalternas. Las familias reunidas para el trabajo necesitaban un santuario: las personas que concurrían á la exportación de los productos elaborados, exigían un cómodo hospedaje: en la fábrica de Sargadelos se construyó también una capilla y un mesón.

El gobierno por su parte cooperó al pensamiento elevado del dueño de la fábrica, y á la inteligente dirección del ingeniero alemán, capitán español de artillería, señor Aister: sucedieron por su orden los trabajos de los operarios pertenecientes á las fábricas de Orbaneta y la Cabada, antes de alcanzar los privilegios de cubrir plaza de soldados los que no pudiesen ser reemplazados en el establecimiento. Se les concedió participación exclusiva en las minas terrosas y de piedra refractaria dentro del radio de más de una legua, protección marítima y el fuero militar.

En 1804 tuvo lugar la creación de una fábrica de loza en este establecimiento de fundición, mejorado en 1816 con un horno alto y carbonera.

Desde 1841 la fábrica de Sargadelos pertenece en arriendo á una sociedad mercantil, bajo la razón social de *Luis de la Riva y Compañía*, compuesta de inteligentes y activos capitalistas que han generalizado sus productos por medio de los adelantos de la época, compitiendo con las más acreditadas del extranjero. La actividad y el crédito aumentan la importancia del numerario: con crédito y actividad, la nueva compañía de esta fábrica de fundición y loza, ha conseguido acreditar sus productos en los mercados peninsulares. En la elaboración de la loza no solo restauró lo antiguo, sino que construyó de nuevo, fabricando un horno de bizcocho y dos de barniz, dos para desecar los aceites del estampado, mas de treinta estufas para secar la obra hecha, molinos de cuarzo, yeso y barniz, nueve almacenes, el taller de carpintería, la oficina del estampado y ocho prensas movidas por medio del gas. En la fundición de hierro construyó tres carboneras, una de las que contiene cerca de 58,000 arrobas de combustible vegetal; sustituyó á las ruedas hidráulicas de madera otras de hierro, una máquina de vapor con su caldera destinada á dar viento á dos cubilotes á la Mikilson y un magnífico torno de patente, de rosca espiral oriental y diez y ocho piés de longitud, con sus ruedas dentadas para diversas aplicaciones. Otras mejoras de no menor importancia se han llevado á cabo en este establecimiento, y se ha procurado embellecer sus prolongadas líneas con dos casas nuevas, á las que proporciona una grata y pintoresca visualidad la huerta de la vivienda perteneciente á los propietarios de la fábrica, donde los frutales en espalder y los cenadores decorados con gusto, sostienen la armonía de la naturaleza al lado de las construcciones del arte y de las humosas bocanadas de la industria.

Antes de terminar esta sucinta reseña del más acreditado establecimiento industrial de Galicia,

presentaremos una rápida ojeada de sus productos y consumos, segun los datos consignados por su infatigable administracion.

En la fundición de hierro, empleando únicamente un horno alto, se elaboran cerca de 30,000 quintales de hierro con carbon vegetal, en cocinas económicas, balcones, tubos calcriferos, molinetes para barcos, ruedas hidráulicas, baterías de cocina, municiones de guerra y los proverbiales *poles* —ollas de hierro á semejanza de las usadas en Francia, Bélgica y otras naciones del continente — que han servido para las caricaturas empleadas en menoscabo de nuestros hábitos provinciales.

Los productos de la fábrica de loza ascienden á 104 hornadas y 200,000 ladrillos refractarios.

La fábrica de fundición consume anualmente 50,000 quintales de carbon mineral, 20,000 del vegetal, 6,000 de castaño y 60,000 de carbon fósil ó mineral empleado en el otro horno y cubilotes.

La fábrica de loza consume cada año 70,000 quintales de carbon de piedra, pertenecientes á las minas de Arnas y Santa María del Mar en Asturias.

Este establecimiento emplea á 1,000 familias, 205 carros con 300 parejas de bueyes, y 22 buques de cabotaje. La sociedad mercantil é industrial que tiene en arriendo esta fábrica pone en circulación de cinco á seis millones de capital.

La loza de Sargadelos es ya popular en España, despues de ser generalizada en las diversas provincias de la Peninsula, y en particular en las del mediodia.

La empresa á merecido en 1848 una honrosa y pública recompensa de la escogida elaboración de la loza, recibiendo una real orden, en la cual S. M. manifestaba que habia recibido con particular satisfaccion las dos vajillas, una blanca y otra estampada, dirigidas por la sociedad *La Riva y Compañía*, como un presente de las artes y un homenaje de la industria de Galicia á la augusta heredera de doña Isabel la Católica.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

1851.

LA FLOR DEL SENTIMIENTO.

SONETO.

Hay una flor, Elisa, en nuestra vida,
que en la primera aurora se presenta,
y al par que galas sin igual ostenta,
de abrojos se contempla guarnecida.

En nuestro seno su raíz se anida,
horas de gozo y de amargura cuenta,
que veces mil del llanto se alimenta,
de mil diversos males combatida.

Cual su tesoro la custodia el hombre,
en ella estan su dicha y su tormento,
no existe flor que su belleza asombre.

De esa flor que estu gloria y tu contento
¿sabes decirme el misterioso nombre?
Esa flor!.. es la flor del sentimiento!

JOSÉ MARIA MONTES.

Coruña.—1862.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA

PRISION DE FRANCISCO I.

rey de Francia en la batalla de Pavia, por el hidalgo gallego Alonso Pita da Veiga.

I.

A la nueva gloria alcanzada en Italia por el conde de Andrade, sigue otra gloria de Galicia, que nos vamos á complacer en consignar en la historia patria: nos referimos á la prision del rey Francisco I de Francia, hecha en la batalla de Pavia por el hidalgo gallego Alonso Pita da Veiga.

«Carlos I, aplacadas ya las conmociones internas y pacíficas de Navarra, —dice Romey (1)— se halló comprometido en árdua guerra con la Francia, originada únicamente por los celos que causaba su agigantado engrandecimiento. Declárase Francisco I competidor de su gloria, con el antecedente de haber aspirado ya también al trono imperial y favorecido los intentos del rey de Navarra: por tanto saca á luz sus pretensiones al ducado de Milan, despojando violentísimamente á Francisco Esforcia: por cuya causa Carlos se hermana con Clemente VII para arrojar á los franceses de Italia. Poquisimo es lo que influye el pontífice para los vaivenes de aquella guerra, en que las tropas imperiales quedan por lo más victoriosas y dominantes.»

«Como la batalla fué tan memorable y trascendental, vamos á describirla con todos sus pormenores más circunstanciados.»

«Tiene Francisco I un ejército de cuarenta mil guerreros, y entre varios campeones de la mayor nombradía, como el famoso Bayard, apellidado el caballero sin zozobra y sin tacha, y otros muchos.»

«Se halla de gobernador en Pavia con ocho mil españoles de guarnición, Antonio de Leiva, riojano, uno de los alumnos del Gran Capitan y por consiguiente general consumado; don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, napolitano, pero de familia esclarecida andaluza, vecindada desde poco más de un siglo en Italia; otro de los discípulos del mismo maestro y por tanto caudillo de primera y encumbrada jerarquía.»

«Sitia Francisco á Pavia, avisa Leiva á Pescara su situacion critica y arriesgadísima, manifestándole la importancia de la plaza, por sí misma y por la trascendencia de su buena ó mala suerte para todos los lances de aquella guerra. El marqués se pone á todo trance en marcha desde Nápoles con veinte y cinco mil hombres; viene tirando cañonazos por el camino para que el eco de su movimiento llegue directa ó indirectamente á la guarnición de la plaza.»

«Asoma por fin á fines de febrero á la vista del enemigo, y desde la primera noche destaca compañías de arcabuceros para que sobre el mismo campamento francés hagan dos ó tres descargas, sin más objeto que el de causar sobresalto y desvelo, y luego se retiren á sus reales. Al tercer día determina Pescara presentar batalla, bien seguro de que ha de ser admitida.»

«Es el 28 de Febrero. Amanece una madrugada serena y fría, con una capa blanquísima de escarcha; resueñan cajas y clarines, y retumba el cañon con

más ó ménos intervalo; se ponen los cuerpos en movimiento y salen de su campamento los franceses, traban la accion las guerrillas y luego se generaliza la refriega; menudean las hostilidades y se redoblan los heridos y los muertos, más las banderas permanecen como clavadas en sus respectivos sitios sin cejar ni avanzar apenas un punto. Sigue así como equilibrado el trance por largo rato hasta que se arroja Leiva con lo más florido de su guarnición, embiste al enemigo por la espalda, abre un anchísimo pasillo en su formacion y arrollando á derecha é izquierda cuanto se encuentra al paso.»

«Entonces las tropas de Pescara redoblan de entusiasmo y echan el resto de su pujanza y de su veterano predominio. Ya todo es confusion, sangre y esterminio; muere Bayard con otros muchos, y los cuarenta mil combatientes quedan difuntos ó prisioneros.»

Poco más sigue diciendo Romey, refiriendo la prision de Francisco I

Referamos ahora nosotros esta prision con Gándara, por los detalles históricos que dá respecto á esta gloria de Galicia.

II.

«Nuestra infantería —dice Gándara (1)— las había con la caballería contraria, con tanta bizarría y destreza que vino á entrarse en el cuerpo de la batalla, á donde estaba el rey. Murieron algunos señores de Francia y soldados de cuenta, con que el rey se halló poco seguro, y quiso escaparse, porque era muy conocido; —acudieron á él muchos soldados españoles, de quienes intentaba como valeroso defenderse con la espada, — con que se fué retirando hasta una pequeña puente, á donde cayó su caballo muerto. Saltaron á él los que le seguían, — y el primero que llegó á echarle la mano, fué un soldado gallego llamado Alonso Pita da Veiga, por quien hemos hecho esta relacion. Fué también preso el deposedo rey de Navarra Enrique de la Brit, y llevado á Pavia, de donde se libró por descuido ó interés de los guardas. Sucedió esta notable victoria el 24 de febrero de 1525.»

«Que haya autores españoles, que han escrito que el primer soldado que echó mano á prender al rey Francisco, haya sido extranjero, me espanta; pero que haya autor español que quiera quitar esta gloria á Alonso Pita da Veiga, es lo que admira. Y para que en lo adelante se corrijan las historias que hablaren de esto pongo aquí una certificación del mismo rey cristianísimo Francisco I, que original la tiene en su poder el Licenciado Alonso Pita da Veiga (descendiente del héroe de Pavia) Relator de la Audiencia Real de Galicia, del tenor siguiente, traducida de lengua francesa en castellano.»

«Francisco, por la gracia de Dios rey de Francia, «Hacemos saber á todos é cualesquiera que pertenesciere, que Alonso Pita fué de los primeros que fueron en nuestra prision cuando fuimos hecho prisioneros delante de Pavia. Y de su ayuda y poder nos asistió á salvar la vida, de que le somos atendidos. «Y por que es así la verdad, habemos firmado de nuestra mano, en Piscolon á cuatro de Marzo de «1523. —Francisco.»

B. VICETTO.

Se concluirá).

(1) Historia de España. Reinado de Carlos I, página. 463.

(1) Armas y Triunfos, capítulo 35.

A FERNANDO DE HERRERA,

Soneto.

Cercado de la noche silenciosa,
sin percibir el temeroso oído
más que del corazón tenue latido
que marca la existencia presurosa:
en el feliz momento en que afanosa
busca la mente el estro concedido
solo á los corazones que han nacido
dotados de esa luz maravillosa:
no ambiciono de Creso las riquezas,
ni de Alejandro la guerrera fama,
ni del amor las plácidas ternezas;
solo noble ambición mi pecho inflama
al admirar, Herrera, las bellezas
que en cada verso tu saber derrama.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

Octubre 4.º de 1851.

GALICIA BALNEARIA.

DE LOS BAÑOS Y AGUAS MINERO-MEDICINALES DE GALICIA,

Su calidad, afecciones para las que están indicadas, descripción de los puntos en donde se hallan, producciones de éstos y temporada de baños.

(Continuacion.)

Es ya general el convencimiento de que este país encierra una riqueza de aguas minerales que hasta ahora no se ha sabido apreciar bastante: entre los muchos manantiales que existen y que damos á conocer más abajo, los más abundantes son los sulfurosos, cuyo principio mineralizador, es el sulfuro sódico. Los de Carballo, Cuntis, Calderas y Lugo, son de esta clase, distinguiéndose los del primer punto por lo muy cargados, así como los de Partovia, en Carballo, por lo poco.

Entre las aguas salinas sobr. salen las de Latoja y Arteijo por muy cargadas, así como las de Caldas y Molgas, por estarlo más ligeramente.

Las férreas frías, abundan en muchos parages, conociéndose bastantes manantiales, particularmente con sulfato de hierro.

La composición de las aguas sulfurosas, es muy parecida á la de las que se hallan en la cadena de los Pirineos y que tan celebradas son por los franceses; y á ellas deben semejarse en sus virtudes, así como las de Verin esceden á las tan renombradas de Vichy.

La mayor parte de estas aguas fueron utilizadas por los romanos, y en Lugo habian fabricado suntuosos edificios adornados con todo el gusto que ostentaban las termas de Roma, y cuyos vestigios se conservaron, hasta que se construyó el actual edificio.

En la actualidad concurre gran número de personas á todos los puntos de baños y se aumentará de año en año, conforme se vaya extendiendo el conocimiento de sus buenos efectos y los estableci-

mientos ofrezcan las comodidades que ya se observan en algunos.

Hé aquí ahora una noticia de las aguas minerales que hemos podido adquirir: algunas otras existen, mas no nos ha sido posible saber ni su clase ni sus virtudes.

Abades (San Payo). Hay un baño mineral, junto á Quntá.

Arteijo. Este lugarcito, cabeza de partido judicial, está á dos leguas de la Coruña, bastante bien situado en un terreno fértil. Su clima saludable y templado, sus limpias casitas y una fonda, ofrecen comodidad y recreo. El país produce todo lo necesario para el alimento; abunda la caza y la pesca, pues su proximidad á la capital, hace fácil el abasto. Hay médico director y casas cómodas para los bañistas.

Sus aguas son salinas termales y la temporada dura desde primero de julio hasta fin de setiembre.

Arzúa. A media legua de esta villa, hay un manantial de agua mineral llamado la Fuente Santa, que produce buenos efectos en dolencias gástricas y son bastante frecuentadas.

Bejo. A una legua de Padron, existe un manantial de aguas minerales frías.

Baños. Aldea á una legua de Bande, partido judicial de la provincia de Orense. Ofrece pocas comodidades, aunque el terreno es productivo en cereales, tubérculos y frutas. La baña el río Limia, que la surte de alguna pesca.

Las aguas termales no están analizadas, pero proporcionan alivio á los que padecen de reuma y á los atacados de hidrofobia: las lápidas itinerarias y los vestigios que se encuentran en sus inmediaciones, certifican haber existido allí una populosa ciudad y los baños son muy frecuentados desde muy antiguo, y aun hoy, apesar de no tener establecimiento decente, son bastantes las personas que buscan en ellos alivio á sus dolencias.

Beran. A una legua de Rivadavia, hay tambien agua mineral.

Caamondes. En esta aldea, cerca de Puentearreas, hay aguas minerales frías

(Se continuará.)

SECCION EDITORIAL.

PROBERVIO ÁRABE.

«Si al seguir tu camino,
en alas de un pensamiento
grande, oyes «ladrar» á los
gozquezuelos cerca de ti, no
te detengas á espantarlos;
DESPRECIALOS, porque
si no los «desprecias», nunca
llegarás al término de tu
viage.»